

terrible como el entierro en vida, se abrazó á su ara y le pidió un milagro. Apenas lo había pedido, penetró en su corazón el sentimiento profundísimo de haberlo por gracia la diosa otorgado, y se levantó radiante, transfigurada, regocijadísima, despidiendo de su mirar effluvios, á cuya irradiación caían sobre todos á una dulces y consoladoras esperanzas. La virgen cogió su estola de mangas perdidas, de amplia rozaga, y arrancando un trozo del transparente lino, lo arrojó á las frías cenizas, cierta de que llevaban dentro de sí una centella vivificadora y capaz de reanimar el fuego sacro y poner en toda su verdad la inocencia de quien fiaba con todo empeño á este aguardado milagro la demostración de su virtud. En efecto, las llamas ardían de nuevo, y la inocencia quedó patentizada entre los loores de los asistentes, quienes aclamaban y decían á Vesta protectora llena de misericordia. Valerio Máximo en sus historias, Propércio en sus cánticos, Plinio en sus cartas, refieren otro milagro parecido y hecho por la diosa en pro de la sacerdotisa Tuzia, demostrando que no había manchado su lecho virginal ni desobedecido á las leyes canónicas de su religión y de su culto, para lo cual sugirióla el subir en cribas agua del Tíber y llevarla, sin que se derramase por los agujeros, hasta el ara de la diosa. Tales tradiciones, más ó menos litúrgicas, copiosa invención de aquel antiguo genio romano, muestran la verdad evidentísima de que á las virtudes vestales y á la conservación del fuego sacro fiaban los dueños del mundo antiguo joya tan preciada como la salud y la buenaventura de su Roma. Así no es mucho que vieran con horror cualquier tropiezo de las sacerdotisas, generador de cualquiera perturbación en el culto y en su liturgia. Por eso hay que leer á todos los escritores antiguos, desde los más veraces hasta los más fantaseadores y poetas, para estimar el precio dado en aquellos tiempos á la castidad y pureza de tan sacras vírgenes. En Roma corría con más ó menos crédito, pero muy vulgarizada, la especie de cuán imposible, ó por lo menos cuán difícil era que faltase una vestal y no se conociese por todos su falta. Así las jóvenes huían á dignidad tan gravosa y presentaban toda clase de ofrendas y exvotos á sus genios tutelares en demanda y súplica de que las eximiesen ó exentasen de tan terrible suerte. Pero los nombres de todas las doncellas patricias, desde que cumplían los

seis años, estaban en el saco fatal, y como sorteadas á cada vacante que hacían la muerte ó los años en aquel colegio sacratísimo, no tenían otro remedio sino conformarse con los caprichos del sorteo. Los romanos por tal modo eran crueles con estas víctimas, que las hundían en lo más profundo para que nadie las oyese, y luego allanaban el suelo de suerte que no pudiera buscarse la víctima ni saberse dónde yacía para siempre. Pero ella, destinada por el cielo á todas las delicadezas y á todas las ternuras de un sexo que ha nacido para vivir en sociedad y amar eternamente, sentiría dolores centuplicados por su propia condición femenil, dolores que no pueden comprender las naturalezas varoniles, forjadas para la guerra y expuestas de continuo al esfuerzo, al combate, al sacrificio, á la muerte. Todas estas resignaciones y conformidades con el destino de la mujer nacida para martirios y no para combates acrecientan mucho la índole y naturaleza de sus dolores. Cualquier contrariedad muerde más en su corazón tierno y delicado que no en el corazón de los hombres, rudo y fuerte. Por consecuencia, cuando nos asomamos al sepulcro de la vestal, oímos tales ayes y lamentos, vémosla en su hambre morder sus propias carnes, vémosla en su sed chupar su propia sangre, que se nos figura en el acto asistir á la extinción y desvarío de su inteligencia y al conflicto entre un cuerpo deseoso de vivir en su robustez juvenil y un alma que sube á las alturas como vívida llama y que lleva la herida del mismo cuerpo á quien deja. Pero así lo quiere el secreto y el misterio que debe presidir á las viejas instituciones y á su tradicional y religiosa liturgia.

Con estos antecedentes, imaginaos qué suerte y especie de calaverada sería en el mundo romano cualquier intento de profanar aquel templo, donde se guardaba el sacro fuego vital romano, y atentar á la castidad intangible de una sacerdotisa que debía tener la misma nitidez y pureza de la llama que aquellos espacios esclarecía y calentaba, espacios comparables á los ventrículos del corazón latente dentro del pecho de la Ciudad Eterna. Se necesita para comprender el atentado trasladarse al tiempo aquel, vivir de aquella vida, respirar de aquel aire vital, en aquellas creencias empaparse, y sentir aquellos terrores consiguientes á un desacato de la propia fe y á un olvido de los dogmas que fueran como leva-

dura de la conciencia y del espíritu de la Ciudad Eterna. Es tan cierto cuanto digo, que no habían menester guardia tales templos; los guardada el respeto sugerido á todos los ciudadanos por su sombra. Un profanador de tales ritos, por poco creyente que fuera, por muy apartado que se imaginara de las antiguas creencias, por mucha filosofía moderna que hubiera entrado en el cacumen y mucho hábito que perdiera de asistir al culto litúrgico y á sus piadosísimas ceremonias, estaba en el caso de imaginar que le faltaba el suelo bajo los pies y que sobre la cabeza se le venía el cielo, no solamente á la comisión de un desacato, á la idea más fugaz y al propósito más liviano de idearlo allá en su mente ó de fingirlo en su imaginación.

Nos hemos detenido á considerar la importancia del templo de Vesta y la influencia del cuerpo de vestales, para que pueda medir con toda exactitud quien leyere los horrores del nuevo crimen cometido por Nerón y la trascendencia que podía tener este crimen á la perturbada sociedad aquella y al malherido Estado. Con sus monstruosidades, con sus desacatos al honor, con sus vulneraciones de la moral, con sus vicios agravados todos ellos por el panerotismo en que Nerón juntaba, no solamente los contactos repugnantes entre todos los sexos, hasta los contactos brutales entre todas las alimañas; á pesar de haber llegado hasta la pederastía y la bestialidad y el incesto, no contaba todavía un sacrilegio, ó mejor dicho, un amor sacrílego. Necesitaba para recorrer toda la línea de imaginables emociones y para tener ayuntamiento con toda clase de seres, macular un templo, un ara, una divinidad. En su corrompido sentir, la religión añadía voluptuosidades incalculables á la voluptuosidad congénita con el amor sensual. Así en los arrebatos á que le arrastraba el desorden de sus nervios, agravado por lo exhausto de su sangre, soñaba el cuitado con poseer á una diosa cual pudieran Júpiter ó Marte; y no pudiendo poseer una diosa, inaccesible á sus brazos, contentábase con poseer una sacerdotisa, sobre todo si esta sacerdotisa era vestal, y violaba con esta nueva brutalidad las leyes religiosas, como en tantas otras, no menos terribles, había violado las leyes naturales. Nada le detuvo desde la hora en que ideara tal atentado para ponerlo por obra. Tras una de las terribles noches consagradas á saciar todos sus apetitos, en-

caminóse Nerón al templo de Vesta, dejando sus comitivas á la puerta, pues nadie podía penetrar en aquel recinto, y entrando él solo, merced á su calidad altísima de máximo pontífice. Penetró, pues, dentro de lo más recóndito del santuario, y se detuvo allí donde ardía sobre un ara ungida con el recuerdo de las romanas edades y tradiciones el fuego sacro. Como las vestales no podían pasar de los seis lustros, pues al entrar en el año trigésimo de su vida sallan todas del convento, eran por necesidad jóvenes, y como pertenecían á familias nobles, las cuales traían como vinculada una belleza hereditaria y atávica, también eran hermosas. Su castidad llegaba en el antiguo seguro, donde las había encerrado su religión, hasta venerar al asno, poniendo de remate su cabeza en las lámparas, porque tan paciente animal despertó á Vesta dormida sobre un césped y bajo un árbol durante calurosísimo sesteo, en que Sileno intentó darle un beso, aquel dios campestre, voluptuoso y atrevido. Así vestían de blanco, y un velo muy largo y un manto muy espeso las envolvía, indicativos de que no podían llegar á su cuerpo las indiscretas miradas de los hombres. Solamente los pontífices penetraban en su santuario, como puestos en el ministerio destinado á devolver con ofrendas y holocaustos á las divinidades antiguas el amparo y protección por ellas al imperio dispensados. Como pontífice máximo entró Nerón. Imposible que ni los más perversos de sus camaradas adivinasen cómo aquella visita se divertía del natural objeto suyo y velaba so las apariencias del ejercicio sacerdotal todo el horror de los más carnales apetitos. Nerón se dirigió al ara de Vesta seguido por las seis vestales. Todas las insignias de aquella su dignidad y todos los ritos de aquella su religión lo acompañaban. Tenía en su mano derecha el vaso con que debía ofrecer las libaciones después del sacrificio. Mostraba pendiente del costado la cuchilla de sacrificador. Un hisopo, con que rociaba de agua sacra á los fieles, pendía del cinturón, también colgado de una cadenilla, lo bastante larga para su natural utilización cuando lo demandase la liturgia. Un gorro frigio rematado por una lámina de oro, que recordaba el fuego divino, le cubría la cabeza. Iba el cuitado á ejercer un ministerio redivivo en los emperadores porque habíanle desempeñado en tiempos inmemoriales los reyes. Padre de todos, lo era muy especialmente de los sacerdotes flamines, sus hijos; de

las jóvenes vestales, sus hijas. Y penetró hasta el fondo de lo que llamaban Regia, depósito de las reliquias romanas. Y saludó los penates de Vesta sobre cuyas espaldas pusieron los romanos su Roma. Intérprete del derecho, representante de la divinidad; autorizado para presidir desde los colegios sacerdotales hasta los colegios astronómicos; de poder eficaz, así para ir con sus interpretaciones rectificando el derecho, como para ir bajo sus órdenes rectificando el calendario; presidente de los sacrificios todos, mucho debía mirarse, no digo antes de cometer un desacato, un crimen, antes de cometer una negligencia. En siete siglos que llevaba entonces de vida el colegio de las vestales no llegaron á una docena las que faltaron á su voto de castidad, y todas fueron horriblemente castigadas enterrándolas vivas, como fueron azotados hasta darles muerte de látigo todos los que osaron atravesarse á un tan horrible desacato. Pues Nerón violó aquella noche á la vestal Rufina en el santuario de Vesta. Y así como tras el parricidio, en que inmoló á su madre, viera las Furias yendo á clavarle sus uñas en el cuerpo, tras este sacrilegio creyó que le faltaba del pecho aire y el suelo de las plantas.

Pero ¿cuál caso haría de los hogares ajenos quien corrompía y degradaba el propio? Así como todos sus afectos de amistad se habían en Tigelino concentrado, huyendo adrede y con empeño de Séneca y de Propercio y de los demás compañeros del buen tiempo, se habían sus amores concentrado en Popea. Aunque Octavia hiciera por atraerlo todo lo posible, no pudo conseguirlo. Repugnábale su físico modesto, á él, enamorado perdidamente de ostentosas hermosuras, y más todavía le repugnaba su moral sencilla y tierna. La madre, Agripina, le procuró tal boda por auparle hasta el trono; y nunca se lo perdonó, sintiendo poco la espléndida corona ceñida por sus sienes junto á la pesada coyunda puesta sobre su cerviz. En mil ocasiones había intentado un divorcio escandaloso, pidiéndole para validarlo legalmente una retórica oración á Séneca; y en mil veces rehusó á tal complacencia su dócil y sumiso maestro. La palabra dicha siempre á este respecto por su madre se la sugirió á ésta su maestro, Séneca. Si Nerón quiere devolver su mujer, que devuelva con la mujer también la dote, ó sea el imperio. Pero la voz del filósofo se perdía en las repugnancias invencibles sentidas por Nerón y en el influjo sobre Nerón ejercido por un priva-

do como Tigelino y por una querida como Popea. Ésta urdió cuantos embustes criminales pudo sugerirle su doble impaciencia por el tálamo de Nerón y por el trono de Roma. Pero todas las celadas que tendía con arte pérfido á la casta esposa, frustrábanse á una en la virtud manifiesta de Octavia; y los asaltos á su dignidad, en el favor siempre concedido por el pueblo á la esposa legítima de su emperador y á la verdadera emperatriz de su imperio. Mas como la seducción y el halago tienen tantos medios, y resistencias tan débiles el vicio, predominante de suyo en los palacios, encontró Popea con grande facilidad un servil instrumento de sus planes. Faltándole todos los otros esparcimientos, refugiábase Octavia en la música. No hay arte subjetivo como ella, pues la tomamos por voz de nuestro interior y por eco sobre todos de nuestras melancolías, si padecemos, ó bien de amores contrariados, ó bien de amores mal correspondidos. Lo que llamamos hoy música de cámara en el contemporáneo lenguaje, usábase allá en la corte de aquella emperatriz abandonada de su esposo y malherida en sus afectos. Había en la corporación de tales músicos un africano de Alejandría con mucha prestancia en su figura y mucha robustez en sus fuerzas, flautista consumado y maestro muy querido entre los muchos componentes de lo que podíamos llamar sin gran esfuerzo la capilla de Octavia. Era éste conocido con el nombre de Eucero, y dotado, amén del estro y destreza músicos, de una gran distinción en sus maneras y de sumo agrado en la comunicación y comercio con las gentes, sugirió á Popea y Tigelino la especie de que se hallaba ligado en ilícitas relaciones con la emperatriz Octavia. Necesitábase para validar tal calumnia de testimonio y de testigos. Difícil encontrarles en una casa y familia donde despertaba Octavia la compasión que despierta de suyo el infortunio inmerecido hasta en las gentes de más duro corazón. Pero aquello no alcanzado ni por dádivas, ni por ruegos, ni por mandatos, ni por imposiciones, alcanzábase por amenazas horribles y por descoyuntadores tormentos. Las damas de Octavia fueron arrastradas al potro. Azotaron sus desnudas carnes con látigos hasta el extremo de hacer saltar en ellas la sangre, amaratándolas con heridas semejantes á picaduras de víboras. Rompieron sus huesos en anillos estrechados por terribles tuercas é insufribles para naturalezas delicadísimas. Cayeron

muchas en la calumnia, huyendo del dolor; pero una escupió el calificativo de malvado al espíritu y las hieles de su hígado al rostro de Tigelino. Octavia fué repudiada, y á la semana siguiente del repudio entró Popea en el tálamo y subió al trono de Nerón. Mujer de tres maridos esta última, la versatilidad se premiaba en ella como si fuera constancia y la constancia en Octavia como si fuera versatilidad. Roma no podía confundir el vicio con la virtud. Aquella triste ambición de Popea satisfecha y aquella humildad de Octavia castigada sublevaron todos los ánimos. Popea soberbia, y modestísima Octavia; Popea lujosa, y sobria Octavia; Popea cometiendo toda suerte de crímenes en su escaló del trono y Octavia en el trono conservando la virtud ofrecían tal contraste, que Roma lo vió con sus propios ojos y se indignó en sus entrañas del triste lauro ceñido al crimen y de la pena infligida con tal descaro á la virtud.

Mientras estuviera en la Ciudad Eterna, magüer que la relegaron á un barrio apartadísimo y á un palacio murado, prohibiéndole salir, todo el mundo sabía que allí estaba presa la mujer virtuosa, cuando en el Palatino tronaba, como Juno junto á Júpiter, la criminal y viciósísima, cual si todas las leyes morales se hubieran derogado de un golpe y tornándose del revés la humana conciencia. Hubo que arrojarla del recinto romano, donde la opinión y el sentimiento popular estallaban á la vista de tamaña injusticia. En callada noche redujéronla con sigilo á la estrechez de una litera y trasladáronla muy circuida de pretorianos en armas al destierro de Campania. Tales rigores arriba no hicieron más que aumentar el furor abajo. Acostumbrado el pueblo-rey á contar los césares entre sus dioses lares y las princesas y mujeres cesáreas entre las diosas, rompió las compuertas que lo contenían en el respeto y vertió sobre el palacio y sobre el Palatino sus encrespadísimas y alborotadas cóleras. Así habíanse dado esta cita los malcontentos, que eran casi todos, para pedir y reclamar la vuelta de Octavia en cuanto Nerón apareciera en el circo y en el anfiteatro con Popea. Ésta, sitiada por la cólera popular, no podía salir de su palacio; y así no podía ostentar su fortuna, su poder, su corona en público, humillando á sus rivales y pavoneándose con su inmerecidísima grandeza. La fuerza bruta del mal tuvo que ceder á la fuerza divina del bien. Octavia tuvo que volver á Roma para que pudiese sa-

lir por las calles de Roma. No era muy amado Séneca, pero al fin, enfrente de Tigelino tenía su ciencia y su oratoria; tampoco Agripina, pero frente á Popea, tan viciosa como ella y no de tan alta extracción, presentaba el título de su origen divino y el recuerdo de un hombre como Germánico, al cual idolatraban los romanos. Así cada vez iba Nerón quedándose más aislado y solitario allá en la cima de una grande arbitrariedad completamente destituida de circunspección. Y conociendo esta soledad tuvo que revocar, como hemos dicho ya, el destierro de Octavia. En cuanto supo esto la gente popular, estalló en Roma un alarido de gozo tan temible como los estallidos de cólera. Los dioses fueron públicamente aclamados y las estatuas de Octavia sacadas en procesión y en triunfo. Como si fuese la misma Vesta, protectora de aquella ciudad, colócanla en el Foro, á la vista de los Rostros, entre los intercolumnios de las embajadas, sobre montañas de flores, cuyos aromas se mezclaban á los vítores. Y mientras esto se hacía con los simulacros y efigies de la repudiada, los simulacros y efigies de la manceba caían derribados en el suelo. Hasta los muchachuelos tendieron sogas al cuello de las Popeas en mármol y las arrastraron por el arroyo con ruidosas carcajadas y alegres saltos, en la seguridad completa de que obtenía indemnidad absoluta un desacato como aquel, de cuyo popularísimo. Después de esto ya no hubo diques al entusiasmo, y su marea montante llegó hasta el Palatino y la Casa imperial. Desparramóse la multitud por aquellos espacios, por los jardines y por los pórticos y por los patios, con clamores de loco regocijo que sonaron en las orejas del emperador y de Popea como sonidos preñados del odio popular á los dos; testimoniándoles cuán peligrosa Octavia era, con su popularidad increíble, á la fortuna y al poder de ambos. Si la orden sólo de regreso había producido tal movimiento, ¿qué no haría el regreso mismo? Popea se arrojó á los pies de Nerón en lo más apartado de palacio, desolada, y le dijo cómo habían armado una conspiración enorme contra ella los cortesanos, los familiares, los siervos de Octavia, y cómo no quedaba otro medio sino despreciar aquella gente ó caer del tronó y morir por ende. Persuadióle de tal suerte con sus ruegos, que Nerón expidió los pretorianos con látigos hacia los mismos que le aclamaban con entusiasmo, y á latigazos los arrojó de sus jardines.

En aquellos momentos de la crisis, Popea se sintió madre y le anunció á Nerón que podía prometerse de su embarazo un heredero legítimo. Requeridor de continuas emociones, imposible dársele nueva más grata que la seguridad infalible de ser padre. Dilatábasele á tal esperanza el corazón, y para que no pudiese haber ni siquiera competencia entre su engendro de amor y el que pudieran dar por cualquier motivo más ó menos posible ó por cualquier evento las entrañas de Octavia con títulos y aspiraciones al trono, decidió á la postre matarla. Había para esto necesidad nueva de otro escandalosísimo proceso y de otros falsos testimonios. Aquel Aniceto, que se prestó al asesinato de Agripina, se prestó al deshonor de Octavia, como un verdugo del emperador y del imperio, destinado á servil instrumento de imperiales venganzas. Aniceto declaró que Octavia se había enamorado de su persona y obligádole á yacer con ella. Para más cohonestar su acusación y quitarle todos los aires de mentira, se resignó á que le declararan reo de lesa majestad y que le condenasen á muerte; pena después conmutada con destierro á la isla de Cerdeña, donde vivió todavía muchos años. En cuanto á Octavia, escogieron para inmolarla un sitio como la isla Pandataria, especie de patíbulo alzado en los rientes mares parthenopeos, donde no había ni agua ni vegetación y sólo se generaban y se producían venenosas serpientes. Guardada por los sicarios neronianos á vista, bajo el destierro, bajo la persecución, bajo la calumnia, bajo la pena y el duelo, aún quería la infeliz vivir: como que sólo contaba veinte años, y no se habían desvanecido ni las ilusiones ni las esperanzas en el cielo de su fantasía, ni el afán de durar hasta en mundo tan enemigo como aquel mundo romano á las entrañas de su corazón. Así, cuando se le acercaron los centuriones para decirle que tenían orden de matarla, se arrojó á sus plantas, lloró y sollozó á gritos, se mesó los cabellos, se tiró por el suelo, como una pobre niña que amenazaran con azotes y no con la majestad propia del alto cargo que tenía y de la clase de acusación que lanzaba la muerte suya sobre sus horribles tiranos. Pero nada conmovió aquellos corazones de hierro, que daban muerte á los demás, porque la muerte á ellos les pisaba los talones. En vano recordaba Octavia cómo descendía de César, cómo era una última representante de Augusto, cómo no habiendo

el derecho de repudiarla Nerón, debía llamarse aún la emperatriz de Roma y ejercer sobre los pretorianos el poder antiguo que había ejercido su gloriosísima dinastía. Los pretorianos le ciñeron el cuerpo con ligaduras, y luego le soltaron las venas abriéndolas por varios lados de su cuerpo; y como no corriese la sangre con toda la celeridad que quisieran ellos, no pudieran sufrir los gritos que daba en su terror y las súplicas que les dirigía, echáronla de golpe dentro de un baño lleno con agua hirviendo, y la asfixiaron. Su cabeza fué á Popea remitida, que la guardó como un trofeo de su victoria: ¿para qué? Para que Nerón matase á Popea de un puntapié rápido en el vientre, y luego la mandara colocar entre los dioses. ¡Cuál hogar el hogar de Nerón!